

# Ojos Negros

## FRÉDÉRIC BOYER

TRADUCCIÓN DE VANESA GARCÍA CAZORLA

narrativasextopiso



## **Ojos Negros**

**Ojos Negros**  
**FRÉDÉRIC BOYER**  
TRADUCCIÓN DE VANESA GARCÍA CAZORLA



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*Yeux Noirs*

Copyright © P.O.L. ÉDITEUR, 2016  
Publicado originalmente por P.O.L., París, 2016

Primera edición: 2019

Traducción  
© VANESA GARCÍA CAZORLA

Imagen de portada  
*By the Hills*, GERALD LESLIE BROCKHURST (1890-1978), FERENS ART GALLERY

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2019  
París 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión  
COFÁS

Formación  
GRAFIME

ISBN: 978-84-17517-13-7  
Depósito legal: M-6587-2019

Impreso en España

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



Cofinanciado por el  
programa Europa Creativa  
de la Unión Europea

Este libro fue publicado en el marco del Programa de Apoyo a la Publicación de la Embajada de Francia en México/IFAL y del Institut Français

ESA FRASE. ¿Cuál? Te voy a echar de menos cuando crezcas. ¿Quién la había pronunciado? Durante mucho tiempo no quise saberlo. Ni por qué exactamente. Ni lo que aquella frase podía entonces significar. O no me atreví a profundizar más en ella. Ignoro lo que respondí y si dije algo. Tú y yo, para siempre. ¿Dura mucho ese *siempre*? A veces, toda una vida. Otras, más allá. Se perpetúa tanto en cada uno de los días felices como en los más tristes. Más tiempo aún que una sola vida. Menos, también. Todo depende. Ah, pero ¿de qué? No, desde luego que no fue un deseo como el que sentiría más adelante. No era igual. ¿Tú crees? Cuando al cabo de los años volvía a pensar en aquello, me decía que era imposible. Era un poco lo mismo que oír el rumor de un agua que fluye en algún lugar. Te imaginas un torrente. Te haces preguntas. Ahondas en ellas. Pero es imposible averiguar de dónde viene ese rumor. Nadie me preguntó nunca qué había pasado, qué habíamos hecho. Nada. Era yo quien, por cierto, hacía las preguntas. Yo tenía esa edad en la que, infatigablemente, hacemos la misma pregunta a todo el mundo. No pensamos más que en eso, en las preguntas. Ninguna respuesta nos satisface del todo. Pero no dejamos de inquirir. ¿Hasta que nos vienen a la memoria las cosas perdidas? No, hasta inventarlas finalmente. Tal vez aquello hubiera sido un malentendido. Ella no te habría arrastrado

a eso. No a tu edad. Ella no podía querer eso. Debió de ser una proyección mía. Se sabe de niños que viven inmersos en semejantes proyecciones y que creen en ellas a pies juntillas. Lo malo es que ningún malentendido se reduce jamás a una mera falta de información. Ni de conocimientos que podríamos, un día u otro, enmendar y compensar. Aquello no se asemejaba a nada. ¿Eras feliz? Lo que sentía estaba por debajo o más allá de la dicha. Y mucho me extrañaría si las palabras *feliz* y *dicha* estuvieran siempre en armonía entre ellas, o con las cosas que pretenden representar. De niño, muy pronto intuí que las palabras batallaban con la vida, con los usos que hacíamos de esas palabras en la vida. Habrá mil maneras de decir que uno es *feliz* o *infeliz*. Ninguna bastará. Pero ¿volviste a verla? No. ¿Qué edad tenías exactamente en aquel entonces? ¿Qué ha sido de ella? Bueno, ya sabes, debió de morir mucho tiempo atrás. Desapareció. ¿Cómo iba a volver a verla? ¿Cómo estar seguro del todo de que ella se me apareció? Únicamente en el cine una desaparición se plasma de una manera visible. Sí, pero así me educaron: no creo en las desapariciones. Cada ausencia exige una interpretación. El sentido no es otra cosa que el fruto de nuestro empleo del duelo. Eso se llama «cultura», «civilización». El *siempre* no cesará nunca. No, pero no existe un *siempre* sin cicatrices: microcortes que conforman tanto la memoria como la eternidad.

Se accede allí siguiendo un largo pasillo, angosto, asfixiante. Es una estancia grande de una vieja casa en un jardín que, entre nosotros, llamamos el *Château*. Está decorada con antiguos grabados que son ilegibles para nosotros. Los altos ventanales dan a los árboles y, en lontananza, detrás de las alamedas, más allá de unos muros que en algunas zonas se desmoronan desde mucho tiempo atrás, al mar: el Mediterráneo. ¡Cómo me gusta ese nombre! Es una habitación singular cuyas proporciones se nos antojan gigantescas, con una doble hilera de camitas todas iguales y con las mismas sábanas blancas bajo una manta oscura, unas camas que forman un bloque en el espacio cual si fueran una hilera de fichas de dominó. Con una chimenea condenada al fondo en la que, otrora, debieron de asarse bueyes enteros. Soy muy pequeño. La que me da las respuestas me estrecha en sus brazos. ¿Quién ha hablado? ¿Quién me ha roto el corazón? Si somos realmente eso que llamamos «seres dotados de habla», entonces a todos nos salva y nos pierde la palabra. ¡Ay!, si nuestros años pasados se pusieran a hablar y nos revelaran los secretos que pensábamos haber abandonado tras nosotros, de un solo golpe los recuerdos, esos prisioneros arrepentidos, tomarían la palabra y lo confesarían todo. Entendedme: LA INFANCIA es el inaprehensible asunto que me gustaría tratar aquí, que se hincha y se aleja como

un globo con su estrecha camisita de ayer, esa que hace meses que no nos ponemos. Con sus minúsculos botones de nácar, comprados en la modesta mercería de la esquina de nuestra calle. Un buen día, sin avisar, esa camisa nos parece ridícula. Crecen tan rápido, dicen las madres para tranquilizarse. Ante todo, lo hacen para no tener que pronunciar la palabra mágica y dolorosa: *infancia*. Nunca es el tiempo lo que se ha perdido, sino la infancia. Todo se pierde, todo lo relativo a la infancia se olvida, y tanto los proyectos que ésta forjó para nosotros como las palabras que decía que nos acompañaban quedan reducidos a minúsculas imágenes indescifrables, unos jeroglíficos dentro de un templo en ruinas. Estamos todos en esa edad en que somos unos pequeños exploradores decepcionados y repetimos en bucle: *cuando sea mayor, cuando sea mayor*. Pero la mayor soledad es ella: la infancia. Ella es ese tiempo que no se entrega sino a quien durante ésta se ha sentido solo. Ella es, durante toda nuestra vida, mientras va adentrándose en la oscuridad de la edad, ese porvenir que, incansable, nos pisa los talones. La infancia es siempre un descubrimiento. Como si, tras haber vivido realmente, ya no creyéramos en ella. Y nos sorprende cuando la redescubrimos ya entrados en la edad adulta; una vez que hemos empujado la puerta de la casa del recuerdo, que no se abre a nosotros sino a partir del momento en que el detalle de lo que llamamos «los hechos» se ha borrado y en que sentimos que nos abismamos en el pasado igual que si nos sumiéramos en un sueño en el que estamos despiertos para ser confrontados a unas extrañas manchas de tinta muy oscuras. Es un CHOQUE NEGRO (*Dunkelschock*), por retomar la expresión del famoso test del psicoanalista alienista Hermann Rorschach. Todo

comienza cuando una cosa terrible, terriblemente bella, está SUCEDIENDO. Mas ¡no lo sabíamos! Y en ese instante nada nos podía sugerir que un día lo sabríamos. En lo por venir, irremediabilmente. Nada nos daba a entender que la infancia nos estaba abandonando. Y que nos decía «adiós muy buenas», dejando ante nosotros un inmenso desorden por interpretar, colocar, clasificar. Si es que tal cosa es posible.